

Caminos de Antonio Pereira

En su reciente novela "Un sitio para Soledad" (Barcelona, Plaza y Janés) dice Antonio Pereira describiendo un momento de Odile, uno de sus personajes: "Luego volvió a su labor de lima fina, con obstinación." No viene ahora al caso la índole de la acción o la acción perseguida por la anfitriona de Soledad. Citamos la frase sólo para subrayar hasta qué punto puede ser textualmente aplicada al riguroso oficio del mismo escritor. No puede negarse que en estos tiempos de apresurados estilos, de desdén por la gramática y de indiferencia ante el tesoro lexicográfico, aquella aplicación de la lima al propio trabajo supone un raro elogio para el escritor.

Pero en él se esconde asimismo un peligro: el de insistir exageradamente en la tarea del refinamiento, de la depuración, de la maceración infinita, hasta caer en la trampa de la autodestrucción. Desaparece entonces toda posibilidad de supervivencia: no sólo se borran los propios rasgos de la fisonomía, sino la misma esencia del arte. Lo difícil en verdad consiste en saber detener la lima en su momento preciso, inapelable, cuando lo que se quería decir, íntimamente vívido, queda bien dicho, sin manifiesto esfuerzo, pero intocable en su ejecución y sus efectos.

Esbozamos estas observaciones sólo con el objetivo de esclarecer la singular postura artística de Antonio Pereira. En cualquiera de sus escritos es fácil notar, en efecto, el resultado de una realización parsimoniosa, madurada en el silencio y el sacrificio, pero traicionada en cierto modo por una aparente espontaneidad que hace más próxima y sensible la belleza del mundo. He aquí, en síntesis, lo que queríamos exponer: la clave, si hay que acudir a reservas, del estilo de Antonio Pereira. ¿Resultará todo más evidente en el campo de la poesía? Por descontado. Quizá; le venga de estas previas raíces a Antonio Pereira la exigencia con su propia personalidad.

Desde el rigor de la poesía

No puede olvidarse, llegados a este punto, que el escritor, nacido en Villafranca del Bierzo (León) y siempre abierto por naturaleza al lenguaje palpitante del pueblo, se nos empezó a revelar desde el ángulo de la poesía:

saludable ejercicio sin duda para lanzarse luego a las otras áreas de la creación literaria. Sus dos primeros libros dieron un noble retrato del poeta: "El regreso" (1964) y "Del monte y los caminos" (1966). Un tercer libro actual de poesía, "Cancionero de Sagres", séptimo de la colección Arbolé (Madrid, Editorial Oriens), pilotada por Luis López Anglada, nos ofrece sin duda un nuevo ejemplo de sentir el mundo y sus problemas: más concretamente, una nueva etapa de la "anábasis", nunca interrumpida, del escritor.

Pero en el espacio, que medía entre sus dos primeros títulos y el "Cancionero de Sagres" Antonio Pereira ha cultivado otro sector literario, el de la narrativa, con su recopilación de cuentos "Una ventana a la carretera" (Barcelona, Editorial Rocas), galardonada con el premio Leopoldo Alas, y la mencionada novela "Un sitio para Soledad". Ante todo, ¿con qué sentido, qué formas, qué módulos? A esto íbamos. No creo que sea necesario hilar muy delgado o forzar el tono de los argumentos para determinar que los grados de



depuración y pulimento de esta prosa de Antonio Pereira encajan con los de su poesía. Es una prosa impecable, tejida pulgada a pulgada, sin fáciles ecos ni tópicos, salpicada de fórmulas hirientes, sin duda sorprendidas en el habla viva donde menos se espera: "Ella le vio mismo al llegar", "Tira a faltoso", "No les hacía novedad". O ilustrada por sintéticos croquis de trazo infalible: "Él sonreía y su sonrisa era entera y blanca, pero no tanto que se sospechara un artificio: ligeramente desigual, ávida y carnícora."

Podría confeccionarse así, sin el menor esfuerzo, una relación de ingredientes estéticos, de novedades expresivas, de soluciones y aciertos que nos admiran a cada paso en la prosa y el verso de Antonio Pereira. No son una excepción sus prosas periodísticas, de que tenemos una prueba semanal en los artículos que le publica "La Vanguardia", de Barcelona, bajo el indicativo, tan acomodado a sus reflejos, de "Oficio de mirar". Pero de este modo sólo pondríamos a nuestro alcance una imagen externa y fría -arbitraria, por tanto- del escritor. Si aquella labor de lima fina no se ejerciera también sobre hechos, experiencias y temas de verdadera envidia humana y social, sería vana nuestra fatiga, no merecería la pena seguir los pasos del escritor hasta la radiografía de sus palabras y frases de artesanía.

Realce de la vida cotidiana

No era necesaria, para el buen entendedor, esta advertencia. Ni Antonio Pereira habrá pretendido jamás que su misión quedara limitada al logro de una técnica. Al escribir "yo canto por los que quedan" en el "Cancionero de Sagres"

ha resumido, quizá sin parar mientes en la proyección del propósito, sus afanes, luchas y preocupaciones. Aunque cuidada con austeridad y vertida en moldes sobrios, incluso ya acreditados o clásicos, la poesía de Antonio Pereira se desarrolla sobre el gráfico de la pura existencia cotidiana, desde el tinte irónico al arranque social o realista, a lo largo de una gradación que deja aproximarse el sabor, el color y el aire musical de nuestros días, ajenos a todo sentido que no sea el de una sutil "melancolía del mundo" o la "verdad de la pared de enfrente". Sólo así se podrán "alzar islas calientes en la niebla".

Todas estas premisas exigen, o suponen, una capacidad poco corriente en el "oficio de mirar": de aquí la inclinación de Antonio Pereira a derramar su curiosidad sobre tantos paisajes del alma o de la geografía. "Cancionero de Sagres", bien que en general pudiera situarse, pese a su energía subjetiva, en cualquier provincia mental, es un canto a Portugal, "país de rosas y quebranto": un canto profundo, encendido, pero sin saltos hacia el impaciente elogio. Antonio Pereira gusta de pasar a menudo "su frontera", aunque tenga que guiarse por el solo aroma: ésta es la "condición itinerante" que Guillermo Díaz-Plaja veía en sus poemas. ¿Sólo en sus poemas? De nuevo, al referirnos a la narrativa de Pereira, se intercambian los factores. Pese a sus diferencias esenciales, prosa y poesía quedan asociadas -por hondas razones de contenido, que establecen una unidad en el esquema intelectual del escritor.

Prototipos del país

En "Una ventana a la carretera" el solo título denuncia nuevamente -como los rótulos de los tres libros de poesía mencionados- el ansia de verterse hacia otras sendas y horizontes. No tiende Antonio Pereira a situaciones o figuras de relumbrón. Entre los personajes que transitan, con cansancio o desmaña a veces, a través de los dieciséis relatos del libro, apenas si encontramos un patrono de fábrica o mi jefe de administración; en la "bolgia" semidantesca donde nos introduce el narrador, alma tan pensativa como irónica y humorística -ya lo observa Ramón Carnicer en el prólogo-, se agolpan una serte casi estremecedora de seres grises; desvencijados o fachendosos, pero tremendamente veraces y presentes en cualquier rincón de nuestra geografía: el sacristán de las monjas, el mañoso del pueblo, el emigrante, el bancario meritorio, el cancionista sentimental, el sedentario, el lelo de la colegiata, el señorito...

Un muestrario, en suma, de "tranches de la vie" de la mejor ley. Por conocerlo como pocos, por vivirlo en toda su validez, desde su tierra leonesa injertada en ascendencia gallega, Antonio Pereira anima de forma admirable este ambiente, hallando para cada hecho y cada persona su propio lugar, o su

propia casilla, o su cuartel de nobleza; esto es, de verdad. La estampa sin duda más compleja y matizada de esta vida provinciana la tenemos en "Un sitio para Soledad", su primera novela, bien construida, depurada en situaciones y diálogos, que ensancha la aventura Itinerante del escritor hacia todos los contrastes entre el, campo, el pueblo y la ciudad, a través de España y Francia. No puede esperarse, desde luego, ningún mundo fantástico o extraordinario en la línea del novelista. Todo es normal.

Nuestras pequeñas poblaciones están llenas de Soledades lugareñas, aunque todas diversas y ávidas de descubrir nuevas cosas. Pero sobre esta base Antonio Pereira ha edificado un prototipo de mujer inadaptada, ágil, intranquilizadora, que acaba emigrando, en compañía de quien sea, en un tren cualquiera, acaso en departamentos separados, de momento, pero irresistiblemente atraída por el imperio del hombre, el gran viaje, en última instancia, donde Antonio Pereira construye silenciosamente su obra.